

## Tarteso en Extremadura

SEBASTIÁN CELESTINO PÉREZ

ESTHER RODRÍGUEZ GONZÁLEZ<sup>1</sup>

Instituto de Arqueología (CSIC-Junta de Extremadura)

scelestino@iam.csic.es / esther.rodrigez@iam.csic.es

### RESUMEN

*El presente trabajo sintetiza la trayectoria que ha seguido la investigación sobre la cultura tartésica en Extremadura, y más en concreto en el valle del Guadiana, donde se concentran los yacimientos más importantes y donde se puede ensayar un patrón de asentamiento coherente entre mediados del siglo VI y principios del IV a.n.e. También presentamos los significativos avances que se han producido en los últimos años gracias a las excavaciones realizadas en el cerro del Tamborrío y en los túmulos de Cerro Borreguero y Casas del Turuñuelo, que han enriquecido sensiblemente nuestro conocimiento sobre la cultura tartésica.*

**PALABRAS CLAVE:** Tarteso, historiografía, valle medio del Guadiana, Tamborrío, Cerro Borreguero, Casas del Turuñuelo.

### ABSTRACT

*The present work summarizes the trajectory followed by research on the Tartesian culture in Extremadura, and more specifically in the Guadiana Valley. The most important settlements are concentrated in the central Guadiana Valley to designing a new occupation model between the middle of the sixth century and the beginning of the fourth century BC. Besides, this paper presents the new developments of tartesian archeology with the excavations of Tamborrío, Cerro Borreguero and 'Casas del Turuñuelo', which have enriched our knowledge about tartesian culture.*

**KEYWORDS:** Tartessos, historiography, the central Guadiana valley, Tamborrío, Cerro Borreguero, Casas del Turuñuelo.

---

<sup>1</sup> Instituto de Arqueología (CSIC-Junta de Extremadura). Grupo de Investigación HUM007 de la Consejería de Economía e Infraestructura de la Junta de Extremadura. Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto "Construyendo Tarteso. Análisis constructivo, espacial y territorial de un modelo arquitectónico en el valle medio del Guadiana" del Plan Estatal de Investigación (HAR2015-63788-P).

La arqueología extremeña siempre ha destacado por sus impresionantes restos romanos, donde despunta especialmente la ciudad de Mérida por conservar buena parte de los edificios públicos más señeros; además, las fuentes escritas ya nos informaban de su importancia y de la de otras ciudades y monumentos de esta época esparcidos por toda Extremadura, por lo que tan solo hacía falta localizarlos para excavarlos, estudiarlos y, en su caso, exhibirlos al público. Aunque tal vez menos conocidos, los dólmenes también tienen una presencia muy significativa en las tierras más occidentales de ambas provincias extremeñas y, de hecho, han sido objeto de atención por parte de numerosos investigadores desde hace más de un siglo; junto a estos monumentos megalíticos conocemos un gran número de poblados junto a los valles de los principales ríos que indican el auge demográfico que vivió la región en fechas tan tempranas. Pero entre ambos periodos, el Calcolítico y el Romano, había hasta hace poco un vacío de información de casi 2000 años solo mitigado por la documentación de algún asentamiento de la Edad del Bronce, por los significativos pero aislados hallazgos de tesoros áureos, armas de bronce y estelas del Bronce Final y, por último, por los castros ya de época prerromana. Así, los restos de la I Edad del Hierro eran marginales, aunque una vez más muy reveladores, como anticipaba el espléndido hallazgo del Tesoro de Aliseda.

La identificación de la cultura tartésica con las tierras de Extremadura es, por consiguiente, una construcción relativamente reciente, de finales de los años 70 del pasado siglo, a raíz de las excavaciones de la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977) y del santuario de Cancho Roano (Maluquer, 1980; 1981; 1983), cuando Extremadura pasa a formar parte del Programa de Investigaciones Protohistóricas creado por el profesor Maluquer de Motes. La riqueza de la necrópolis y la opulencia del santuario no dejaban dudas sobre la importancia del impacto de la cultura tartésica en Extremadura, considerándose a partir de ese momento como la periferia y frontera cultural de Tarteso. Los hallazgos que se han producido en la región en los últimos años no han hecho sino avalar esa premisa, aunque con algunos matices que entraremos a discutir en estas páginas. Pero en síntesis, podemos decir que mientras en el Tajo medio se localizan algunos yacimientos que responden a una influencia directa del foco tartésico del Guadalquivir o incluso de la desembocadura del Tajo; en el valle medio del Guadiana se organizó un sistema de poblamiento con personalidad propia que se desarrolló en paralelo a la decadencia de Tarteso en su núcleo original (Rodríguez González y Celestino, e.p.). Es decir, a medida que Tarteso se difuminaba en el valle del Guadalquivir hacia mediados del siglo VI a.e., su herencia cultural se consolidó en el valle medio del Guadiana, si bien

con un sistema de poblamiento hasta esos momentos inédito en otras zonas del sur peninsular.

Pero no debemos confundirnos, no se trata de un movimiento simultáneo, pues aunque la crisis de Tarteso se produce en el valle del Guadalquivir hacia mediados del siglo VI a. n. e., antes de estas fechas ya existen pruebas más que contundentes de la existencia de gentes tartésicas en el Guadiana; baste mencionar las tumbas más antiguas de la necrópolis de Medellín, el primitivo santuario de Cancho Roano o los restos de muralla localizados en el Tamborrío, en Villanueva de la Serena, todos ellos fechados entre los años finales del siglo VII y los iniciales del VI; por lo tanto, ya había una comunicación fluida entre ambos territorios antes de que se produjera la crisis del foco tartésico; lo que sucede, pues, es que el amplio territorio del Guadiana aprovecha la crisis del núcleo tartésico para aumentar su autonomía y ensayar un nuevo sistema de poblamiento que, como ya se ha aludido anteriormente, es original y, a tenor de los hallazgos que se vienen produciendo, muy exitoso, perdurando casi dos siglos en el tiempo.

A esta etapa de nuestra Historia se le ha venido denominando como Periodo Orientalizante, un término que esconde algunos miedos, pues no deja de ser una consecuencia de una cierta reticencia entre algunos investigadores que han preferido denominar así a lo que deberíamos designar sin complejos como Periodo Tartésico; y lo dice uno de los organizadores en 2003 de un simposio internacional bajo el primer epígrafe. Pero como ya hemos apuntado en otras ocasiones, si ese Simposio se hubiera denominado El Periodo Tartésico, habrían acudido los mismos investigadores que aglutinó el celebrado en Mérida. Sin embargo, los años transcurridos desde aquel evento nos han abierto nuevas perspectivas, disponemos de nueva y valiosa documentación y ya nos hemos sacudido el complejo de lo “orientalizante”, un término que debería estar restringido a la corriente artística que imita temas de procedencia oriental, sea de la época que sea.

Tras los últimos hallazgos en el solar de Méndez Núñez/Las Monjas de Huelva (González de Canales y otros, 2004; 2008), las excavaciones en el Teatro Cómico de Cádiz (Gener y otros, 2014) y la reinterpretación del santuario del Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue, 2007), no hay dudas de que la colonización fenicia del sur peninsular se produjo en el siglo IX a. n. e., lo que eleva significativamente las fechas que hasta ahora se manejaban. Mientras, la población indígena del suroeste peninsular seguía bajo los parámetros culturales del Bronce Final, parece que con una escasa presencia, pero la suficiente como para fijar la atención de los colonizadores mediterráneos. No sabemos

cuál era el grado de pragmatismo de los fenicios, pero da la sensación de que las relaciones con los indígenas no debieron generar demasiadas tensiones cuando muy pronto ya se documentan vajillas indígenas en los primeros asentamientos fenicios y objetos de lujo de origen mediterráneo en algunos yacimientos indígenas. Por ello, y tras un periodo difuso en el que los colonizadores levantaron sus propios asentamientos y santuarios, a partir del siglo VIII ya podemos hablar del Tarteso que citan las fuentes griegas. Es decir, Tarteso debería entenderse como la cultura que surge tras la relación de fenicios e indígenas, pues los griegos nunca distinguieron a ambas comunidades, sino que a los habitantes de estas tierras los llamaron tartésicos, sin más matices (Celestino, 2013; 2014; Celestino y López-Ruiz, 2016). Esta primera etapa podríamos denominarla como Tartésico inicial u oriental, pues son las manifestaciones orientales las que lo caracterizan. A partir del siglo VII y hasta mediados del VI a. n. e., hay una confluencia plena de intereses entre ambas comunidades, y mientras disminuyen las importaciones mediterráneas, aumentan las producciones elaboradas por artesanos peninsulares; es una etapa de máximo esplendor que correspondería a lo que podríamos clasificar como Tartésico Pleno. Por último, y por motivos que aún están en plena discusión, a mediados del siglo VI a. n. e. Tarteso sufre una crisis que trunca su trayectoria; sin embargo, y paralelamente a esa crisis del núcleo de Tarteso, su cultura resurge en su periferia geográfica, y en concreto en el valle del Guadiana, donde podemos seguir claramente su rastro y su legado. Esta época, restringida al valle medio del Guadiana, pertenecería así al Tartésico final.

El importante aumento de población en el valle del Guadiana se pone en relación, pues, con la crisis de Tarteso en el valle del Guadalquivir, cuando por esas causas que aún están por determinar, se debió producir un movimiento de gentes hacia el norte que acabaron por asentarse en un territorio que ya les era conocido y que además disponía de unas tierras de gran riqueza agropecuaria. Sin embargo, perdían una base fundamental para el comercio, la salida al mar. Esta circunstancia se antoja fundamental para entender el cambio que se produce en el sistema comercial de la zona; pues si en los primeros momentos de la presencia tartésica en el Guadiana se aprecia una clara dependencia del valle del Guadalquivir y de Portugal, a partir de la crisis de Tarteso la zona del Guadiana cambia su estrategia comercial, moviendo su eje hacia el este peninsular, donde la cultura ibérica se estaba desarrollando rápidamente bajo el influjo púnico y el mercado griego tras la fundación de Emporion en el 575 a. n. e. y de otras colonias del Levante, desde donde llegaron al Guadiana buena parte de los productos mediterráneos de esta última fase de Tarteso.

## 1. UNA PERIFERIA CON PERSONALIDAD

El hallazgo del tesoro de Aliseda (**fig. 1**) en una fecha tan temprana, en 1920 (Mélida, 1921; 1921b; 1921c), impidió adscribirlo a la cultura tartésica, en esos momentos indefinida y solo imaginada gracias a una supuesta ciudad perdida que algunos investigadores se empeñaron en buscar sin escatimar recursos; así, el tesoro cacereño, en realidad una de las primeras manifestaciones artísticas genuinamente tartésica, no fue considerado como tal hasta medio siglo después, cuando la Arqueología ya había renunciado a la desesperada búsqueda de la ciudad de Tarteso y se centró en su caracterización cultural a través de los objetos de influjo o manufactura mediterránea que comenzaban a proliferar por todo el sur peninsular. Por otra parte, Aliseda estaba demasiado lejos del denominado núcleo de Tarteso, circunscrito a la desembocadura del Guadalquivir y Huelva, lo que impedía cualquier consideración sobre su personalidad tartésica. Hoy en día el tesoro de Aliseda es sin duda una de las mejores expresiones de la artesanía tartésica, si bien para ello han tenido que pasar muchos años y se han tenido que descubrir un número significativo de yacimientos de su época en los valles del Tajo y, sobre todo, del Guadiana para que pudiera adquirir esa carta de naturaleza (Celestino y Salgado, 2007; Rodríguez y otros, 2014; Rodríguez, Pavón y Duque (eds.), 2015). Aliseda es, pues, una prueba más del proceso de penetración de Tarteso hacia las tierras del interior en fechas tempranas, antes en todo caso de la crisis que impidió desarrollar su cultura. Hallazgos posteriores como el jarro de Valdegamas (Don Benito) (Blanco, 1953) o la arracada de Madrigalejo (Fernández-Oxea, 1953) sirvieron para apuntalar esa tesis.



**Fig. 1.** El tesoro de la Aliseda

Pero aún podemos retroceder más en el tiempo para vislumbrar una relación efectiva entre el núcleo de Tarteso y estas tierras del interior. En efecto, uno de los elementos más característicos del Bronce Final de la zona atlántica son las estelas de guerrero (**fig. 2**), grandes losas de piedra donde se grabaron las armas principales de personajes que nunca se representaron; son las denominadas “estelas básicas”, donde el escudo con una característica escotadura en forma de “V” centraba la escena, flanqueado por una lanza y una espada de clara tipología atlántica. Las comunidades que se representaban con estas estelas fueron ocupando cada vez territorios más orientales, primero el Tajo medio y, posteriormente, el valle del Guadiana donde la presencia de la figura del guerrero se generaliza y resta protagonismo al escudo que, junto al resto de armas y otros elementos de clara procedencia mediterránea, se disponen en torno al guerrero. Es muy posible que algunos de estos objetos fueran introducidos por esa misma vía atlántica, caso de los peines, espejos o fíbulas, pero otros debieron llegar gracias a las tempranas relaciones comerciales con Tarteso, como los nuevos modelos de escudos, los carros, los instrumentos musicales, los sistemas ponderales, etc. Lo más interesante es que a medida que avanza el tiempo estas estelas se van dispersando también por el valle del Guadalquivir, lo que parece demostrar que las comunidades del interior, con su propia idiosincrasia cultural, terminaron por instalarse en el núcleo de Tarteso, lo que justificaría el aumento de población de la zona tras la llegada de los fenicios.

Las estelas han sido objeto de cuantiosos estudios desde que fue hallado el primer ejemplar en la localidad cacereña de Solana de Cabañas en 1898 (Celestino, 2001 con bibliografía; Vilaça coord., 2011), documentándose hoy día casi ciento cincuenta ejemplares repartidos no solo por el suroeste peninsular, de donde tomaron su nombre, sino que su presencia se extiende hasta el norte de Portugal y Galicia, por lo que deberían denominarse, en todo caso, como estelas del oeste (Celestino y Salgado, 2011, con catálogo actualizado). Las estelas son uno de los mejores marcadores que hoy disponemos para entender el tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro, pues ocupan ambos periodos históricos; en efecto, si los primeros ejemplares de estelas básicas hallados en el interior de Portugal pertenecen al Bronce Final, con la introducción en las estelas de la figura del guerrero y de los primeros elementos de origen mediterráneo se inaugura la I Edad del Hierro o al menos una fase donde ya existen contactos con Tarteso, de donde procederían esos objetos que servirían para ensalzar el prestigio social de su poseedor. Cuando las estelas se generalizan en el valle del Guadiana, de donde no debemos olvidar que proceden más de la mitad de las estelas hasta ahora conocidas, el proceso de

intercambio con Tarteso parece consolidado, apareciendo simultáneamente estelas de este tipo por el Guadalquivir, por lo que podemos denominarlas sin más ambigüedades como estelas tartésicas. Serían así la primera manifestación de la estrecha relación de Tarteso con estas tierras del interior. Es probable que los personajes representados en las estelas fueran los responsables de facilitar el aporte de mano de obra a Tarteso, en pleno desarrollo económico tras la consolidación de la colonización fenicia; pero también serían los encargados de suministrar las materias primas que cada vez demandaba con mayor intensidad Tarteso. En estos primeros momentos de la Edad de Hierro el actual territorio extremeño actuaría, pues, como una periferia geográfica de Tarteso, fundamental para el aprovisionamiento de productos agropecuarios, pero también de otros procedentes territorios más septentrionales como el oro o el estaño.

La práctica totalidad de los investigadores que han tratado sobre la Primera Edad del Hierro en Extremadura han utilizado el término “periferia” para definir el grado de dependencia de esta región con respecto al núcleo de Tarteso (Rodríguez Díaz, 1994; 1995). Cada día parece más evidente que estas tierras del interior comenzaron a desarrollarse al amparo de la economía tartésica gracias a su potencial agropecuario y a su posición geoestratégica, es decir, como zona de tránsito hacia lugares donde se captaban recursos mineros imprescindibles para el comercio mediterráneo; pero no es menos cierto que tras la crisis de Tarteso a mediados del siglo VI a.n.e. el Guadiana se comporta con total autonomía, pues mantiene sus tradiciones de origen atlántico a las que nunca renunciaron y supieron incorporar los elementos más característicos de la cultura tartésica. Así mismo, el modelo de ocupación que se inaugura en el siglo VI a.n.e. en el valle medio del Guadiana, exclusivo de esta región, es una muestra más de su independencia territorial. En definitiva, a partir del siglo VI y principalmente en el valle medio del Guadiana, se desarrolló una cultura de base tartésica pero con innegable personalidad gracias a la participación directa y activa de las comunidades indígenas que habitaban la zona desde el Bronce Final. A partir de ese momento, Tarteso solo se puede identificar en el Guadiana, donde perduró al menos dos siglos más.

## **2. EL ORIENTALIZANTE COMO SOLUCIÓN A LOS PROBLEMAS**

Tras el descubrimiento del tesoro de El Carambolo en 1958 y la posterior excavación del presunto poblado donde fue hallado (Carriazo, 1960), se inauguró la que podríamos denominar como la fase arqueológica de Tarteso; el hallazgo fulminó la búsqueda de una ciudad deslumbrante que habría ejercido de capital de un imperio capaz de negociar con fenicios y griegos. Ahora se

trataba de evaluar tipológicamente los hallazgos del yacimiento sevillano para darle a Tarteso aquello que hasta entonces se le había negado: una cultura material. A partir de esos momentos comenzaron a realizarse excavaciones en las colonias fenicias del sureste (Marzoli, 2006), así como sondeos arqueológicos en buena parte de Andalucía, ahora con el referente de El Carambolo para sistematizar cultural y cronológicamente los nuevos yacimientos, a los que se incorporaron las necrópolis excavadas por Bonsor en las primeras décadas del siglo XX (Bonsor, 1889). Andalucía ya tenía una cultura tartésica, aunque aún muy deslavazada y rigurosamente indígena que, como evocaban las fuentes clásicas, se ceñía exclusivamente a la costa occidental de Andalucía. Pero su reflejo se hacía notar también con fuerza aguas arriba del Guadalquivir, en el Tajo medio y su desembocadura, así como en la cuenca media del Guadiana, por lo que se generalizó el término “orientalizante” para estas zonas con el objetivo de no entrar en conflicto cultural con el denominado foco tartésico.

Por ello, caló con fuerza el término “orientalizante”, que sin embargo parece más adecuado para describir expresiones artísticas, como ya se habían hecho con el arte griego o etrusco, pero desprovisto de cualquier connotación cultural en el más amplio sentido de la palabra. Los jarros de bronce que aparecieron dispersos por el suroeste peninsular fueron los primeros en ser estudiados bajo esa categoría de “orientalizantes” (García y Bellido, 1957; 1960; 1964); sin embargo, algunos que se clasificaban como etruscos, rodios o fenicios podrían haber sido denominados simplemente “orientales”, mientras que los que se realizaron en la península bajo la inspiración de los tipos orientales se podrían denominar orientalizantes por su estilo, pero tartésicos por la cultura a la que pertenecían. En este sentido cobra especial importancia el hallazgo del jarro de bronce de Valdegamas (Blanco, 1953) porque sirvió para replantear la idea de que estos jarros procedieran todos de importaciones fenicias, abriéndose así la posibilidad de que se hubieran realizado en algún taller de Gadir. En palabras de Blanco, y en relación a una reflexión sobre el tesoro de Aliseda: “*cabría incluso afirmar que en sus últimos tiempos la cultura tartésica no fue más que una amalgama de elementos indígenas y de elementos orientales aportados por los colonos fenicios*” (Blanco, 1956:50). Solo un año después de esta reflexión, García y Bellido publica un estudio sobre el jarro de la colección Calzadilla que le permitió modificar su visión sobre estos objetos de “arte orientalizante” según sus propias palabras, un arte que según este mismo autor abarcaría “*toda la región al Norte de Cádiz-Huelva comprendida entre el Guadalquivir y el Guadiana a partir de su curso medio*” (García y Bellido, 1957).














I. Estela sin figura	A-Básica-Escudo, espada y lanza 	B-Básica-con elementos de importación 
II. Estela básica con antropomorfo		
III. Estela igualdad escudo antropomorfo		
IV. Estela con figura humana predominante	A-Individuales Guerrero 	Femeninas 
	B-Colectivas Masculino 	Mixtas 
	C-Escenas 	

Fig. 2. Tabla de clasificación de las estelas del oeste

En 1977 se publica el sobresaliente trabajo de Almagro Gorbea *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura* (1977) que abre un nuevo capítulo para concebir la I Edad del Hierro en la región; sin duda un paso de gigante para la arqueología extremeña y para entender una nueva concepción de Tarteso, un término que sin embargo aún era prácticamente tabú en la bibliografía arqueológica extremeña que optó por el término “orientalizante” para justificar la distancia cronológica y geográfica que le separaba de los yacimientos andaluces que se estaban estudiando en esos momentos. Las tesis que se vierten en la edición del libro de Almagro Gorbea, del que ahora se cumplen 40 años, han sido en buena medida superadas, una lógica que se debe al enorme avance de la investigación arqueológica en Extremadura en los últimos años, deudora, precisamente, de ese primer trabajo de síntesis. La publicación en ese libro de las primeras tumbas de la necrópolis de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977: 287-414) cuya completa difusión se ha llevado a cabo más recientemente con la incorporación de los enterramientos de las excavaciones de los años 80 del pasado siglo (Almagro-Gorbea (dir.), 2008), no dejaba dudas sobre la estrecha relación de estas tierras del interior con Tarteso. Los rituales funerarios, las urnas que albergaban los huesos cremados de los difuntos, los ajuares que los acompañaban, etc., confirmaban las concomitancias con las necrópolis del núcleo de Tarteso; sin embargo, también se documentaron cerámicas indígenas, entre las que destacan las pintadas “tipo Medellín”, así como un característico enchanchado de guijarros para señalar las tumbas que remitía a las tradiciones atlánticas y que marcaban su propia personalidad en relación con las necrópolis tartésicas del sur. Era una prueba evidente tanto del mantenimiento de las tradiciones indígenas de raíz atlántica como de la perfecta simbiosis con la cultura tartésica de origen mediterráneo. Extremadura se convertía así en una amalgama de las tradiciones atlánticas y mediterráneas, y precisamente de ahí viene su originalidad.

Un año después de la publicación del libro de Almagro-Gorbea se descubre y comienza a excavar el que sin duda es uno de los yacimientos más señeros de la arqueología extremeña y nacional, Cancho Roano (**fig. 3**). La dirección de las excavaciones y su estudio durante la primera década de los trabajos corrió a cargo de Maluquer de Motes (Maluquer de Motes, 1981; 1983; Maluquer de Motes y otros, 1986), todo un referente en los estudios sobre Tarteso que había colaborado con Carriazo en las excavaciones de El Carambolo y quien había propuesto una nueva visión de Tarteso basada en el registro arqueológico, alejándose así de las propuestas filológicas que dominaron su estudio hasta los años 60 del pasado siglo (Maluquer de Motes, 1969). La importancia de Cancho Roano tuvo su inmediato reflejo en los círculos académicos españoles,

pasando años más tarde a convertirse en un referente internacional para el estudio de la Edad del Hierro en occidente. A partir de ese momento, Extremadura pasó a formar parte del Programa de Investigaciones Protohistóricas que dirigía precisamente Maluquer de Motes, restringido hasta entonces al ámbito andaluz. No se entendía cómo un santuario de esas características podía haberse construido tan alejado de Tarteso, cuando recogía toda la tradición arquitectónica del Mediterráneo, mientras que no se conocía ningún edificio similar en el valle del Guadalquivir o Huelva. Por ello, se buscaron analogías del edificio extremeño con los palacios del área sirio-palestina, con los edificios de las colonias griegas en el Mediterráneo o incluso con el mundo etrusco. Las excavaciones de Cancho Roano siguieron doce años más bajo la dirección de uno de nosotros (Celestino, 2001b con bibliografía), cuando se descubrieron los dos edificios más antiguos enterrados bajo el que hoy se conserva, así como las denominadas capillas que rodean por completo el santuario. Y todo apuntaba a que si bien el primer santuario se levantó en plena época tartésica, hacia los inicios del siglo VI a.n.e., los dos últimos, datados entre finales del VI y principios del IV a.n.e. ya correspondían a una fase en la que la crisis de Tarteso había debilitado su estructura económica y sus lazos comerciales con el Guadiana Medio, momento que coincide con el despegue de esta zona, que dirige sus intereses hacia Portugal y La Meseta, de donde le llegarán los influjos de la pujante cultura ibérica.



**Fig. 3.** Vista aérea de Cancho Roano

Lo cierto es que a partir de las publicaciones de Medellín y Cancho Roano, Extremadura se convirtió en una referencia ineludible para el estudio de la cultura tartésica por cuanto supuso la reafirmación de la personalidad cultural de su territorio y la inclusión de la protohistoria extremeña dentro del debate historiográfico; se abandonaba así una etapa que Ortiz Romero ha definido acertadamente como “*sin Arqueología extremeña, pero con arqueología en Extremadura*” (Ortiz, 2007: 25). Así, a partir de los años 90, y aunque se mantiene muy activa la participación de la Universidad Autónoma de Madrid en Cancho Roano y en la Alcazaba de Badajoz, o de la Complutense en Medellín, responsables en última instancia del auge de la arqueología extremeña como antes lo había sido la Universidad de Barcelona bajo la dirección de Maluquer de Motes, surge un activo grupo en el Área de Prehistoria de la Universidad de Extremadura que va a dar un importante impulso a la investigación protohistórica de Extremadura. La excavación, estudio y publicación de las excavaciones de La Mata de Campanario son el mejor ejemplo de ello (Rodríguez Díaz, (ed.), 2004). La Mata, con una arquitectura de análogas características a la de Cancho Roano, si bien con una función diferente, y unos materiales de las mismas cronologías, confirmaba que la presencia de Cancho Roano no era una excepción. Pocos años después, este mismo equipo identificó una serie de túmulos de similares tipologías repartidos por la cuenca del Guadiana cuya importancia y dimensión cultural es abordada en otro capítulo de este mismo volumen (Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2004). Este mismo equipo de la Universidad de Extremadura ha centrado sus trabajos en los últimos años en la cuenca del Tajo, lo que ha supuesto un importante paso para el conocimiento de la presencia del elemento tartésico en esa zona.

Curiosamente, mientras en Extremadura se sentaban las bases de una arqueología con raíces orientales recién reconocidas, en Andalucía el orientalizante desaparecía definitivamente como cultura arqueológica una vez se había comprendido que Tarteso era ya una civilización sólidamente definida a la llegada de los fenicios. Por lo tanto, Tarteso se seguía identificando con los indígenas que habitaban la costa del suroeste peninsular antes de la llegada de los colonizadores mediterráneos. Mientras, y bajo la fuerte influencia de los trabajos de Almagro Gorbea, se formalizó el concepto de lo orientalizante para Extremadura, con una crítica a la definición material de Tarteso (Álvarez Martí-Aguilar, 2005: 186).

Por último, el ya mencionado Congreso “El Periodo Orientalizante” organizado por el Instituto de Arqueología del CSIC en Mérida en 2003, significó un paso definitivo para incluir Extremadura en el amplio territorio del suroeste con fuertes raíces mediterráneas y, en concreto, tartésicas (Celestino y Jiménez

(eds.) 2005). La discusión se concentró a partir de esos momentos en el tipo de colonización que se había llevado a cabo en Extremadura por parte de Tarteso. Así, mientras para unos se trataba de una colonización organizada y dirigida desde la ciudad tartésica de *Carmo*, la actual Carmona, responsable de la potenciación de Medellín, identificado con la ciudad de *Conisturgis* que mencionan las fuentes, y punto desde el que a su vez se llevaría a cabo la colonización de la desembocadura del Tajo (Almagro-Gorbea y Torres, 2009); para otros, la verdadera potenciación de Tarteso se debió a la aportación de gentes procedente, precisamente, del Guadiana, por lo que esta zona sería siempre un referente para buena parte de las poblaciones que habitaron el valle del Guadalquivir y que, tras la crisis de Tarteso, ocuparon de nuevo estas ricas tierras del interior y conformaron una cultura en la que confluyeron los rasgos atlánticos originarios y los mediterráneos asimilados por Tarteso (Celestino, 2005); por lo tanto, estas gentes serían las responsables de la eclosión del poblamiento tartésico en el valle del Guadiana a partir del siglo VI y, sobre todo, del V a.n.e.

En definitiva, deberíamos desterrar de nuestra literatura arqueológica la clasificación de Periodo Orientalizante por varios motivos. En primer lugar porque lo “orientalizante”, como ya se ha argumentado, debería restringirse a las manifestaciones artísticas y nunca a las culturales; en segundo lugar, porque si concebimos Tarteso como el producto de la interrelación cultural entre los fenicios y otras gentes procedentes del Mediterráneo con las comunidades indígenas, podríamos defender que esas comunidades se “orientalizaron”, pero esta definición carecería de sentido con el pasar de los años porque esa forma de expresión ya les es consustancial. Estamos de acuerdo en que Tarteso es una construcción histórica moderna; es decir, que los habitantes de la Primera Edad del Hierro del suroeste peninsular no se identificaban como tartesios; pero también es cierto que las fuentes clásicas nunca distinguieron entre fenicios y tartesios en nuestra península, por lo que es un término válido para designar la cultura que desarrollaron. También hay cierta discusión sobre si el término Tarteso debería limitarse a la cultura que se desarrolla en las zonas costeras del sur peninsular y el valle bajo del Guadalquivir. Y no hay duda de que así fue en un principio, pues en estos lugares donde se asentaron con fuerza con fenicios y donde se produjeron las primeras relaciones entre sendas comunidades. Pero con el transcurso del tiempo y como consecuencia de la expansión de su territorio ante la necesidad de captar nuevos recursos tanto agropecuarios como de materias primas, su cultura se fue asentando en otras zonas del interior que acabaron por aceptar no solo la arquitectura, las herramientas o los tipos cerámicos y metálicos de Tarteso, sino también sus rituales, lo que implica un grado de conformidad e identidad con la nueva cultura que en

muchos casos es difícil de distinguir sus diferencias. Por ello, creemos que es lógico denominar a estas poblaciones del valle del Guadiana como tartésicas, independientemente de su origen étnico, aun en continua discusión.

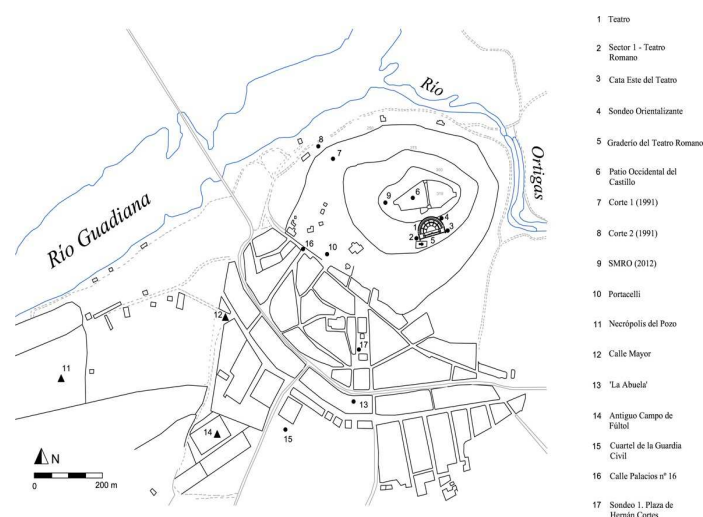
### 3. ¿MEDELLÍN COMO CAPITAL DE LA PERIFERIA DE TARTESO?

A medida que los estudios sobre el ‘Orientalizante’ y Tarteso se han ido abriendo camino en la arqueología extremeña, la importancia del enclave de Medellín ha crecido de manera proporcional a éstos, hasta llegar a ser considerada como la capital de Tarteso en el Guadiana Medio (Almagro-Gorbea, 2008). Este enclave ha sido identificado con el topónimo *Conisturgis* y se le atribuye la colonización tartésica de las costas atlánticas de Portugal (Almagro-Gorbea y Torres, 2009).

La aparición de la necrópolis de Medellín, su importancia, tamaño y riqueza, hacían necesaria la existencia de un enclave de población con el que relacionarla. El lugar elegido para albergar esa población por una cuestión de lógica fue la parte más elevada del actual cerro del Castillo de Medellín; una elevación ubicada al este de la necrópolis y dotada de una excelente localización geográfica que le permite controlar un extenso territorio (Almagro-Gorbea, 1977: 415) (**fig. 4**). Por ello, y con vistas a localizar el *oppidum* de Medellín, el cerro ha sido objeto de sucesivas intervenciones arqueológicas (**fig. 5**). La primera de ellas es la cata realizada al Este del teatro romano (Almagro-Gorbea,



**Fig. 4.** Vista aérea del cerro del Castillo de Medellín

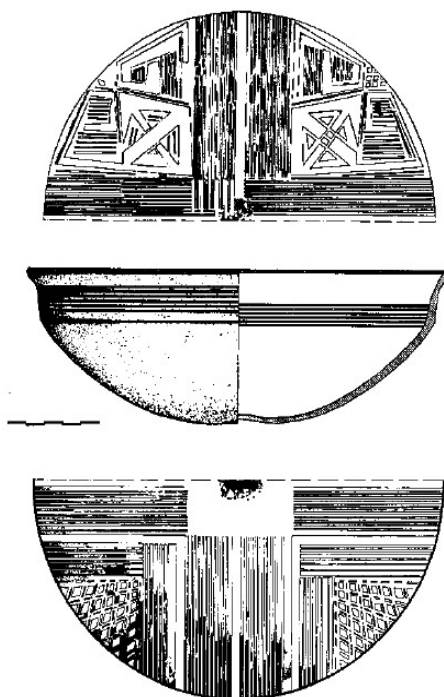


**Fig. 5.** Planimetría del municipio de Medellín con la localización de las excavaciones realizadas.

1977: 415-ss), de cuya secuencia se extrajo un interesante lote de cerámicas pintadas 'tipo Medellín', pero ninguna evidencia de restos constructivos que permitan hablar de la existencia de un poblado. Estos trabajos se completaron con la ejecución de dos sondeos más en la ladera norte del cerro, los Cortes 1 y 2 (Almagro-Gorbea y Martín Bravo, 1994), cuyas secuencias dejaron muestra de la ocupación medieval del enclave y de la ausencia de restos constructivos y niveles de ocupación pertenecientes a la I Edad del Hierro. Así mismo, en los últimos años y con motivo de las excavaciones que se llevan a cabo en el Teatro Romano localizado en la ladera este (Guerra y otros, 2014), se han efectuado varios cortes estratigráficos. Quizás el más destacado sea el corte Sector Muralla Romana Occidental (Jiménez y Guerra, 2012), realizado con motivo de la aparición de un fragmento de cerámica pintada 'tipo Medellín' durante las labores de limpieza del tramo de muralla medieval y romana que cruza la ladera oeste de la elevación; sin embargo, aunque la potencia estratigráfica es destacable en este punto, siguen ausentes los niveles correspondientes a la I Edad del Hierro, aunque ha servido para certificar la existencia de un momento de ocupación de este enclave durante la Prehistoria Reciente. En definitiva, tras la ejecución de una decena de sondeos estratigráficos en el cerro del castillo de Medellín, siguen sin existir indicios constructivos o niveles de ocupación que permitan refrendar la existencia de una ciudad-estado cuya extensión alcanzaría las 10 ha

como reivindican los defensores de esta hipótesis; el presunto *oppidum* habría estado además dotado de una gran *regia* y habría tenido capacidad suficiente como para controlar un extenso territorio que tendría sus fronteras territoriales hasta donde alcanza su control visual (Almagro-Gorbea, 2008:85).

A las excavaciones llevadas a cabo en el cerro del castillo se pueden sumar otros ejemplos e intervenciones efectuadas en el actual casco urbano de Medellín. Es el caso de los trabajos realizados en el solar de Portacelli (Jiménez y Haba, 1995), donde fueron documentadas dos cazuelas a mano, una de ellas pintadas (**fig. 6**), cuyo paradero actual nos es desconocido. Por lo tanto, de nuevo la intervención ha dejado muestras de la existencia de materiales correspondientes a la I Edad del Hierro, pero continúan ausentes los restos constructivos; además, y dada la naturaleza de la obra realizada, la mayor parte del material localizado se encuentra fuera de contexto.



**Fig. 6.** Cazuelas halladas en las excavaciones de Potacelli (según Jiménez Ávila y Haba, 1995).



Pero el hecho de que no se hayan documentado por el momento restos constructivos correspondientes a la I Edad del Hierro en el cerro del Castillo de Medellín y su entorno más próximo, no quiere decir necesariamente que este territorio carezca de ocupación alguna durante época tartésica. Así, las cerámicas fechadas en la I Edad del Hierro aparecidas en Medellín deben corresponder a la existencia de un pequeño enclave, posiblemente localizado en el llano y de vocación agropecuaria, que poco o nada tiene que ver con la presencia de un gran *oppidum* o capital del territorio (Celestino, 2005: 771).

Hasta la fecha, la arqueología solo ha sido capaz de constatar la existencia de un enclave localizado en altura que pueda equipararse a la categoría de *oppidum* tanto por su extensión como por estar dotado de una muralla. Nos referimos al enclave de El Tamborrio (Villanueva de la Serena), un yacimiento que se localiza en una pequeña serreta justo en la confluencia de los ríos Guadiana y Zújar (**fig. 7**), lo que le confiere una estratégica posición justo en el cruce de dos importantes arterias de comunicación. De ese modo, su posición con respecto al río Guadiana le permitiría tener un fácil contacto con los denominados como edificios tartésicos ocultos bajo túmulo, definidos en otro trabajo dentro de este mismo volumen; por otra parte, su directo control sobre el Zújar debió facilitar la penetración de los influjos hacía el sur y la Meseta, un área donde no debemos olvidar que el número de estelas documentadas es muy destacable.



**Fig. 7.** Vista aérea del enclave de El Tamborrio (Villanueva de la Serena).

Lamentablemente, las evidencias arqueológicas documentadas en el Tamborrio no son abundantes, pues las áreas de trabajo se restringen a los espacios afectados por la rehabilitación de dos depósitos de agua y la sustitución de algunas de sus canalizaciones. Así, el corte C, realizado con motivo de la obra de los depósitos, ha permitido documentar los restos de una extensa acrópolis, caracterizada por su monumental arquitectura y por la aparición de una ‘piscina’ (**fig. 8**) que sus excavadores ponen en relación con la existencia de algún tipo de ritual (Wallid y Pulido, 2013: 1191). Así mismo, el cambio de la tubería que atraviesa la ladera norte facilitó la exhumación de una extensa área de almacenaje dispuesta a partir de un sistema de terrazas que permitía a las construcciones salvar el desnivel de la pendiente (**fig. 9**). Este es sin duda uno de los hallazgos más destacados, pues además de mostrar las distintas fases de ocupación del enclave, muestra su vinculación con el almacenaje del excedente agrícola, un hecho que refuerza el papel de este asentamiento como cabeza del territorio. Por último, y también indicado en otro trabajo dentro de este volumen, la presencia de dos murallas, una de adobe fechada en el siglo VII a.n.e. y otra de piedra correspondiente a la ocupación del siglo VI a.n.e., avala la importancia de este auténtico centro de poder que, no olvidemos, se encuentra muy cerca tanto del cerro de Medellín como de su necrópolis.



**Fig. 8.** Imagen de la acrópolis de El Tamborrio (Villanueva de la Serena) (según Wallid y Pulido, 2013).



**Fig. 9.** Vista de la excavación en la Ladera Norte donde se aprecia el sistema de aterrazamiento empleado en la construcción en el yacimiento de El Tamborrio (Villanueva de la Serena) (Rodríguez Díaz, Pavón y Duque, 2011): 31, fig. 3 (foto de Alfredo Gil Romero)

Frente a estos hallazgos, huelgan las dudas acerca de la importancia de El Tamborrio. Como ya se ha dicho en otras ocasiones (Rodríguez González y Celestino, e.p.), este yacimiento debió ejercer el papel primordial que tradicionalmente le ha sido concedido a Medellín, donde la arqueología no ha sido capaz de demostrar la categoría que se le ha otorgado. Así, la incorporación del Tamborrio como asentamiento en altura dentro del modelo territorial del valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro, cambia por completo la imagen con la que hemos venido trabajando todos hasta el momento, aportando una alternativa que se aleja de la visión hegemónica ostentada por la hipotética *Conisturgis*.

#### 4. LAS ÚLTIMAS NOVEDADES PARA EL CONOCIMIENTO DE TARTESO EN EL VALLE MEDIO DEL GUADIANA

En los últimos años, principalmente desde 2008, se han llevado a cabo intervenciones arqueológicas y se han realizado publicaciones que no han hecho sino enriquecer sensiblemente nuestro conocimiento sobre Tarteso. A las prospecciones arqueológicas realizadas en el entorno del Guadiana por el Área de Prehistoria de la universidad de Extremadura, se le sumaron los estudios de las excavaciones realizadas en algunos de los yacimientos localizados, caso del cerro Manzanillo, en Villar de Rena (Rodríguez Díaz, Duque y Pavón, eds., 2009), un caserío que data de los primeros momentos de la presencia tartésica en el Guadiana, lo que nos permite dibujar una secuencia desde los momentos previos a la crisis de Tarteso en la zona. Lamentablemente, apenas tenemos información de un magnífico yacimiento que nos podría haber ilustrado sobre este mismo periodo del que aun disponemos de pocos datos; nos referimos al Palomar de Oliva de Mérida (Jiménez y Ortega, 2001), del que se realizaron varias campañas de excavación con una fuerte inversión y del que aun esperamos su estudio definitivo o al menos la entrega de sus materiales al museo de Badajoz para que puedan ser estudiados por otros colegas. Por otra parte, el Instituto de Arqueología del CSIC también desarrolló proyectos de investigación centrados en las prospecciones del territorio circundante a Medellín, en las que se evidenció la inexistencia de un poblado en llano de cierta enjundia en este entorno que pueda fecharse en la I Edad del Hierro (Sevillano y otros, 2013), un argumento de peso más que socava la hipótesis de la existencia de un centro administrativo y de poder instalado en el cerro de Medellín con capacidad de controlar su entorno inmediato.

Pero ¿qué conocemos del Bronce Final del Guadiana? Si no podemos responder a esta pregunta nos va a resultar difícil entender el proceso por el cual se conformó una sociedad de cultura tartésica en esta zona. La realidad es que conocemos modestos asentamientos que se adscriben al Bronce Final (Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001), pero que funcionan cuando ya Tarteso es una realidad en el valle del Guadalquivir, lo que ha llevado a muchos investigadores a confusión. Es decir, diagnosticamos un yacimiento como del Bronce Final cuando entre sus restos hay cerámicas bruñidas como las tipo “Lama do Fumo” o cazuelas carenadas, y siempre con las producciones realizadas a mano. Pero también es cierto que tanto las cerámicas a mano como las bruñidas reticuladas perduran en el tiempo, lo que ha provocado que yacimientos con idénticos materiales se distingan entre sí por el mero hecho de que uno de ellos conserve un elemento de importación procedente del Guadalquivir; en ese

caso pasa a clasificarse como Orientalizante antiguo. Lo único que parece claro es que se observa un aumento en la ocupación del territorio durante la última etapa del Bronce Final del valle del Guadiana que se puede fechar hacia finales del siglo VIII a.n.e. y que coincide con el auge de las estelas de guerrero, donde los objetos de procedencia atlántica que las caracterizaba en su origen, comienzan a ser sustituidos por otros de origen mediterráneo. Este es precisamente el momento en el que se inicia la influencia tartésica en el Guadiana, cuya culminación no parece llegar hasta los comienzos del siguiente siglo, o al menos eso parece deducirse de las tumbas más antiguas documentadas en la necrópolis de Medellín.

Debemos tener presente que la posible existencia de un poblado tartésico en Medellín desde el siglo VIII se basa exclusivamente en la presencia de cerámicas pintadas “tipo Medellín” que se suelen asociar a las “tipo Carambolo” del Bajo Guadalquivir (Casado, 2015 con bibliografía), y más específicamente con las tipo San Pedro II (Cabrera, 1981); sin embargo, tanto tipológica como técnicamente, presentan diferencias importantes que obligan a estudiarlas de forma independiente. Estas cerámicas, normalmente cuencos y cazuelas, se caracterizan por tener las paredes muy delgadas y por estar pintadas en diferentes tonos, entre los que predomina el amarillo y el gris verdoso sobre un fondo rojo. En Medellín aparecen profusamente, tanto en el cerro del castillo como en la necrópolis, aquí asociada a las tumbas más antiguas (Torres 2008: 724-733). Así mismo, en el corte practicado en el castillo de Medellín se documentaron varios fragmentos de estas cerámicas en los niveles más antiguos (Almagro-Gorbea, 1977: 454-456) (**fig. 10**), lo que parece avalar la existencia de estas singulares cerámicas en momentos previos a la presencia tartésica en la zona, perdurando en los primeros años de la colonización por tratarse de un elemento de fuerte significado social en el contexto indígena. Por lo tanto, desde la publicación del libro de Almagro Gorbea de 1977, apenas hay novedades sobre el sistema de poblamiento del Bronce Final en el Guadiana salvo algunas apreciaciones de interés que no hacen sino apoyar esta idea (Enríquez, 1990). No obstante, de lo que no hay duda es de que hubo una ocupación del cerro de Medellín durante el Bronce Final, si bien no parece que fuera un asentamiento consistente a tenor de los restos hallados, carentes en todo caso de estructuras arquitectónicas.

Otros elementos que se han tenido en cuenta para definir el Bronce Final del Guadiana han sido los tesoros áureos y, por supuesto, las estelas de guerrero. En cuanto a los primeros, todo ha basculado en función de la interpretación que en su momento se dio del hallazgo del tesoro de Sagrajas, asignado a una cabaña donde se habrían documentado cerámicas del Bronce Final; sin embar-

go, una reciente revisión de los materiales ha puesto en serias dudas tal adscripción (Sanabria, 2012). Pero lo cierto es que hay una ausencia significativa de estos materiales de oro y plata en el núcleo tartésico, lo que induce a considerar este fenómeno de los tesoros áureos como un fenómeno genuino de área atlántica cuya influencia en el área extremeña debe considerarse como una consecuencia de las relaciones con el centro de Portugal durante el Bronce Final. Este mismo argumento es válido para interpretar las armas de bronce aparecidas en Extremadura, claramente originarias del área atlántica portuguesa. Por no hablar de nuevo de las estelas de guerrero o de las diademadas, ya tratadas anteriormente.



**Fig. 10.** Cerámica 'tipo Medellín' procedente de la Cata Este del Teatro.

#### **4.1. Un yacimiento para la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro en la cuenca del Guadiana: El cerro Borreguero**

En el año 2008 se realizó un sondeo arqueológico en el denominado Cerro Borreguero (**fig. 11**), un túmulo artificial que conservaba en su superficie gruesos muros de una construcción romana, pero donde se habían documentado

también materiales cerámicos típicos de la I Edad del Hierro (Celestino y Rodríguez González, e.p). El sondeo, de 4 x 4 metros se practicó en la habitación más amplia de la construcción romana y tenía como objetivo llegar al sustrato geológico; sin embargo, a pocos centímetros del suelo apareció un suelo rojo asociado a materiales protohistóricos que ocupaba toda la superficie del sondeo, lo que nos alentó a realizar un proyecto arqueológico más ambicioso que nos permitiera conocer con mayores argumentos el edificio que se encontraba bajo la construcción romana. Así, entre 2009 y 2010 se llevaron a cabo dos intensas campañas de excavación que permitieron conocer la superficie total de la habitación en cuyo centro se halló un hogar levantado con adobes cocidos, así como una estrecha banda blanca de tendencia ovalada que recorría toda la habitación y que se apoyaba en el pavimento rojo de la misma (**fig. 12**). Además, la excavación en extensión del túmulo nos ha permitido documentar una serie de habitaciones pertenecientes a la I Edad del Hierro que conforman en su conjunto un edificio en forma de L, si bien no descartamos que los intensos trabajos agrícolas en la finca hayan cercenado una parte importante de la zona sur del yacimiento que, de haber sido así, tendría forma cuadrangular en origen, algo que solo podremos aclarar en futuras intervenciones.



**Fig. 11.** Vista del túmulo de El Borreguero (Zalamea de la Serena).

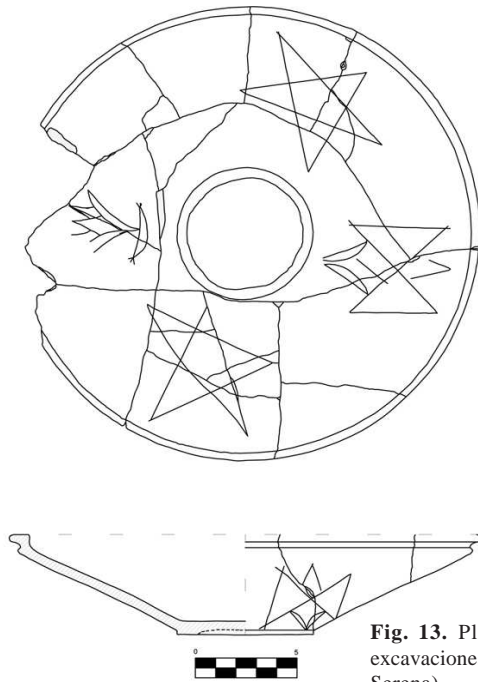


**Fig. 12.** Vista aérea de la estancia 100 de El Borreguero (Zalamea de la Serena).

Por último, en algunas zonas de este edificio hemos profundizado hasta alcanzar la cota de un suelo anterior que atestigua la existencia de un edificio más antiguo del que apenas conocemos algunos espacios, pero del que proceden materiales muy significativos que nos permiten datar esta primera cons-



trucción. Pero quizá lo más destacable de este edificio original, ya de forma cuadrangular, es que sus ángulos son redondeados, mientras que toda la cerámica que aparece asociada está realizada a mano salvo alguna excepción, como es el caso de un plato gris a torno (**fig. 13**) cuyo paralelo más cercano se encuentra en la necrópolis de Medellín, concretamente en sus fases más antiguas, hacia finales del siglo VII a. n. e. (Lorrio, 2008). Este edificio fue amortizado con una gruesa capa de tierra apisonada que generó una plataforma regular sobre la que se construyó el segundo edificio, también orientado al Este como el anterior, ya con una técnica constructiva más depurada y donde se aprecia un sensible aumento del material cerámico realizado a torno, si bien no supera la proporción del realizado a mano. El abandono voluntario del segundo edificio, así como las remociones de tierra que sufrió por la construcción romana, apenas nos ha legado materiales que permita afinar en su cronología, si bien no parece que sobrepase mediados del siglo VI a. n. e., fechándose la vida del más antiguo a lo largo del siglo VII a. n. e., un siglo de vida que se manifiesta en las diferentes remodelaciones que sufrió el edificio.



**Fig. 13.** Plato de cerámica gris hallado en las excavaciones de Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena).

Vamos a detenernos en el último momento del edificio protohistórico por hallarse en la actualidad prácticamente excavado, y en concreto en el espacio 100, una estancia delimitada por cuatro muros de época romana que conforman una superficie de 30 m<sup>2</sup>, si bien su extensión debió ser algo mayor, hoy perdida bajo los mencionados muros romanos. Toda la superficie de la habitación está cubierta por una capa compacta de arcilla roja surcada por una estrecha banda de cal de tendencia oval que se conserva en las zonas norte y sureste del pavimento, como ya hemos mencionado, perdiéndose su trazado bajo los muros y la ancha terraza romana de la zona occidental. En el centro de la habitación se levanta el hogar de forma semicircular ya aludido realizado en adobe y arcilla y compuesto por una cama de fragmentos cerámicos; el lado septentrional del hogar está delimitado por adobes en posición vertical para contener las brasas, cuyos restos aparecen dispersos por la superficie; por último, la estructura estaba delimitada por una capa de cal que se prolongaba hasta el suelo rojo de la estancia.

Una vez documentada esta habitación o espacio 100, procedimos a retirar parte del suelo para buscar el edificio anterior; al tiempo, fuimos levantando la banda de cal que cruzaba toda la habitación y que nos había llamado poderosamente la atención por ser un elemento inédito en otros edificios de la misma época. La franja, de 12 cm de anchura y gran regularidad, se había realizado mediante la colocación de adobes rectangulares de 6 cm de grosor pintados con una fina capa de cal blanca que era la que emergía en la superficie de la habitación. Al levantar la franja, vimos que su función era señalar una estructura que se correspondía con los cimientos muy bien conservados de una cabaña oval que conservaba tres hiladas de alzado, alcanzando los 60 cm de altura, mientras que el ancho oscilaba entre los 60 y 70 cm. Al igual que sucedía con la franja blanca, la cabaña se perdía bajo los muros y la gran terraza de época romana, sin embargo, tras una limpieza al exterior de ésta última, se pudo localizar buena parte de su trazado occidental, por lo que en realidad se conserva en su integridad, con una superficie aproximada de 30 m<sup>2</sup> (**fig. 14**). Pero sin duda lo más significativo es el hallazgo sobre los cimientos de la cabaña de un conjunto de cerámicas pintadas similares a las “tipo Medellín” y también profusamente representadas en otros yacimientos de La Meseta (García Huertas, e.p. con bibliografía). Paralelamente, procedimos a la excavación del espacio que rodeaba el altar para conocer su asiento, pues se prolongaba por debajo del suelo de arcilla roja, y comprobamos que se asentaba en origen sobre la superficie de la cabaña, en concreto en su centro, lo que nos daba la pauta para interpretar la estructura como un hogar con un significado, ligado al culto, que decidieron respetar una vez amortizada la cabaña.



**Fig. 14.** Vista de la cabaña hallada en El Borreguero (Zalamea de la Serena).

No cabe duda, pues, de que el hallazgo más significativo del Cerro Borreguero es la cabaña ovalada, asociada estratigráficamente a las construcciones ortogonales del edificio más antiguo. Esta relación se antoja fundamental para entender el yacimiento y el momento de transición cronológica que supone. No se trata en realidad de una circunstancia inédita en la península, pero sí en Extremadura. Así, conocemos el caso de Acinipo, en la localidad malagueña de Ronda, donde se documentaron en el mismo periodo cronológico cinco cabañas del Bronce Final (Aguayo y otros, 1986), unas circulares y otras ya de planta rectangular pero con las esquinas aun redondeadas como sucede en las construcciones de Cerro Borreguero. Parece, pues, que nos hallamos ante ensayos constructivos tras los primeros influjos mediterráneos importados gracias a la colonización fenicia. Conocemos otros ejemplos en zonas más cercanas al núcleo de Tarteso, caso de Montemolín, en Marchena, donde su primera ocupación está representada por una cabaña oval de adobes sobre cimiento de piedra; sobre esta cabaña se levantó una de mayor superficie, 160 m<sup>2</sup>, también ovalada y denominada “Edificio A”, que convive con un edificio de planta rectangular o “Edificio B” y que según los autores tiene un especial significado porque el objetivo sería mantener la tradición anterior sin renunciar

a las nuevas técnicas constructivas importadas del Mediterráneo (de la Bandera y otros, 1993); por último, estas construcciones fueron definitivamente amortizadas en el siglo VI a.n.e. para dar paso a otras edificaciones, los edificios C y D, de clara influencia oriental (Ferrer y de la Bandera 2007: 77). Aunque existen otros casos en el valle del Guadalquivir, como Colinas de los Quemados, en Córdoba (Luzón y Ruiz Mata, 1973), quizás los más destacados por su proximidad sean los ejemplos hallados en el Guadiana. Nos referimos, por un lado, al yacimiento de Neves II, en Castro Verde, Portugal (Maia, 2008: 358). El origen del lugar es una cabaña redonda sobre la que se construyó otra más moderna de tendencia elíptica pero limitada en uno de sus lados cortos por un muro rectilíneo; posteriormente, y una vez amortizada la cabaña, se levantó un edificio rectangular en cuyo espacio principal se construyó un hogar que parece destinado a legitimar las tradiciones familiares o sociales de la comunidad. Por otro lado, y quizás el ejemplo más interesante, está el yacimiento de Castro dos Ratinhos, en Moura, Portugal (Berrocal y Silva 2010). Se trata de un poblado fortificado en cuya zona alta o acrópolis se documentó la asociación de cabañas circulares y rectangulares; pero nuestro interés se centra en la cabaña construida en la fase Ib, datada en el siglo IX a.n.e. y con una superficie de 83 m<sup>2</sup> que comparte cronología con la cabaña MN23, levantada en forma de “L” invertida y que ha sido interpretada como un santuario dedicado a Astarté (Prados 2010: 273). Lo más interesante es que ambos edificios, a pesar de sus diferentes plantas, comparten módulos de longitud de tradición fenicia y otras técnicas constructivas, lo que indica no solo que fueron construidos al unísono, sino que el circular se hizo respetando la tradición indígena.

En conclusión, las excavaciones del Cerro Borreguero han permitido determinar tres momentos constructivos. El primero, o Fase I, se corresponde con el edificio romano que corona el cerro y que fue levantado en el siglo I a.n.e., mientras que su abandono se fecha en el I d.C. La Fase II pertenece al último edificio de época protohistórica y se divide en dos subfases: la Fase IIa se corresponde con la última construcción y también con su amortización mediante el relleno de las habitaciones con piedras de granito de mediano tamaño y su posterior sellado con una gruesa capa de arcilla roja apisonada; y la Fase IIb, datada a inicios del siglo VIII. Por último, la Fase III, representada por la cabaña oval, se fecha en el siglo IX a.n.e., una datación que deriva tanto de las cerámicas que contenía en su interior como de la datación radiocarbónica efectuada sobre los restos de carbones de su interior. Como ya apuntábamos, el hallazgo más significativo es la cazuela fragmentada recuperada sobre el cimientado de la cabaña. Se trata de un vaso realizado a mano y de paredes muy finas que

podemos fechar entre finales del siglo IX y principios del VIII por la posición que ocupa en la estratigrafía. La posición del vaso demuestra que fue utilizado en el intervalo entre la amortización de la cabaña y la construcción del edificio protohistórico, un dato de enorme interés porque sitúa estas cerámicas en sintonía con la colonización fenicia del sur peninsular. El vaso pertenece a una cazuela carenada con la superficie gris, por el efecto de la cocción reductora, sobre la que se aplicó una capa homogénea de pintura roja sobre la que se diseñó una decoración de motivos geométricos pintados con pigmentos amarillos; entre los motivos destaca el enrejado a modo de trenzado de cestería, así como una serie de metopas con otros motivos también geométricos; por último, y a la altura de la carena, aparecen una serie en forma de “S” que parecen imitar ánades (**fig. 15**).



**Fig. 15.** Cerámica pintada hallada sobre los cimientos de la cabaña oval

A comienzos del siglo VI, por circunstancias que desconocemos pero donde no se aprecian signos de violencia, se decidió amortizar el último edificio protohistórico rellenando sus habitaciones de piedras sueltas y una gruesa capa de arcilla roja. Este desmantelamiento voluntario de la edificación es también el causante de la escasez de material, si bien se ha recuperado el suficiente como para poder datar con certeza ese momento de abandono, en torno a los comienzos del siglo VI a.n.e., como lo avala el hallazgo del plato gris carenado elaborado a torno, ya aludido anteriormente. Por último, entre las cerámicas del segundo edificio, recuperamos un fragmento decorado con bandas marrones y negras de similares características a las urnas tipo “Cruz del Negro”, un dato de interés por cuanto supone uno de los pocos ejemplos de cerámica a torno de este segundo edificio cuya destrucción y abandono se produjo, como ya hemos apuntado, hacia los inicios del siglo VI a.n.e. Este desmantelamiento coincide con la construcción del primer santuario de Cancho Roano o “CR C”, ubicado a tan solo 3 kms. de Cerro Borreguero, lo que interpretamos como un cambio de estrategia que pudo deberse a las excelentes condiciones que ofrece el sitio de Cancho Roano (Celestino y Rodríguez González, 2016), también junto al río Ortigas, pero también surcado por el arroyo Cagancha, que en este punto está alimentado por fuentes que lo mantienen con caudal todo el año, además de la vena de agua que cruza todo el edificio y que es proporciona agua a los dos pozos del santuario y al foso que lo encierra.

#### **4.2. El túmulo tartésico de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña):**

Sin miedo a equivocarnos, el descubrimiento del yacimiento de ‘Casas del Turuñuelo’ constituye la mayor novedad dentro de la arqueología tartésica de la última década. El magnífico estado de conservación que presenta el yacimiento lo convierten en un ejemplo excepcional para el estudio de esta cultura, no solo porque ha mantenido casi intacta su arquitectura, sino porque nos ha legado un amplio y rico elenco de materiales dentro del cual destacan el conjunto de piezas de bronce, los tejidos o los restos de maderas y carbones, que ahora nos permiten profundizar en los hábitos de vida de esta cultura.

El yacimiento de ‘Casas del Turuñuelo’ se localiza en término municipal de Guareña, en la margen derecha del río Guadiana, junto a uno de los paleocauces de dicho río (**fig. 16**). A pesar de su proximidad a Medellín, ambos enclaves no poseen contacto visual, pues la sierra de Yelbes impide su contacto; sin embargo, es inevitable marcar las relaciones que este enclave debió tener con la necrópolis hallada en Medellín. Su localización geográfica le permite controlar un espacio definido por el paso de los ríos Guadamez y Búrdalo,

justo en el punto en el que sendos ríos desembocan en el Guadiana. En la actualidad, controla un extenso terreno de regadío que poco o nada tiene que ver con el paisaje que dominaría este territorio durante el siglo V a.n.e; frente a ello, el arrasamiento de las tierras que se extienden frente a él le permiten, hoy en día, despuntar dentro de las Vegas del Guadiana (**fig. 17**).



**Fig. 16.** Vista aérea del túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña).



**Fig. 17.** Túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña).

Aunque hay constancia de la existencia de un yacimiento en este punto desde los años 80 del pasado siglo (Suarez de Venegas, 1986: 166), las primeras excavaciones arqueológicas fueron llevadas a cabo por un equipo del Instituto de Arqueología del CSIC en el año 2014. Los trabajos tenían como objetivo conocer la potencia arqueológica del enclave y la cronología a la que se adscribía la ocupación. Para ello se llevaron a cabo la limpieza de tres de los perfiles de la elevación y la ejecución de un sondeo en el punto más occidental y elevado del túmulo (**fig. 18**). La aparición de un lote de cerámicas y un fragmento de un brasero de bronce nos alertó de la importancia del enclave, razón por la cual, el sitio ha sido objeto de dos intervenciones más, en los años 2015 y 2016 dentro de un proyecto del Plan Estatal de Investigación I+D+I y gracias a los fondos FEDER de la Unión Europea. Dichos trabajos han permitido documentar una extensa habitación, de 70 m<sup>2</sup> en un excelente estado de conservación (**fig. 19**), razón por la cual el edificio de ‘Casas del Turuñuelo’ constituye el mejor ejemplo para el estudio de la arquitectura tartésica.



**Fig. 18.** Localización de las zonas de trabajo en la campaña de 2014 en el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ (Guareña).





**Fig. 19.** Estancia principal del túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña).

La estancia principal se encuentra flanqueada por cuatro potentes muros contruidos en adobe con una anchura de 2 m y una altura que en algunos puntos alcanza casi los 3 m, lo que da fuerza y consistencia a la construcción. En la parte oriental de la estancia se localiza la puerta de acceso. Se trata de una puerta monumental, con tres escalones y flanqueada por dos pilares enlucidos de cal y decorados con pequeñas molduras diseñadas en el propio adobe. En cuanto a la habitación, se encuentra dividida en tres ámbitos bien diferenciados. El primero de ellos se localiza en la parte más occidental de la estancia. Se distingue del resto por su pavimento, construido con losas de adobe naranja muy cocidas y la presencia de una pileta semicircular encastrada en el suelo de cuyo interior se recogió arena de playa. Sobre el suelo de la estancia se recogieron casi un centenar de platos, únicas formas documentadas en este espacio, así como diversos bronceos, hierros y una caja de marfil cuyas placas se decoran con leones, peces y barcos (**fig. 20**).



**Fig. 20.** Caja de marfil hallada en la estancia principal del túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña).

El segundo ámbito de la estancia está estructurado en torno a una piel de toro extendida (**fig. 21**) que domina el centro de la habitación. Dicha estructura está dibujada en el suelo con finas lajas de pizarra y rellena con ladrillos de adobe amarillo. A diferencia del resto de ejemplos conocidos, como en Cancho Roano, El Carambolo o Coria del Río (Gómez Peña, 2011 con bibliografía), la estructura del Turuñuelo no parece hacer las veces de altar de sacrificio, pues carece de *focus*, razón por la cual creemos que tendría un carácter emblemático. Frente a la estructura, aparece un extenso banco corrido que recorre parte del muro de cierre norte de la estancia. El banco se encuentra forrado con finas lajas de pizarra y conserva todavía parte de las molduras que decoran su extremo occidental, mientras que el otro lado de la estructura ha quedado seccionado, por lo que no conocemos cuál sería su longitud total.



**Fig. 21.** Fotografía de detalle de la piel de toro extendida hallada en la estancia principal del túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña).

El tercer y último ámbito es el más próximo a la puerta de acceso. Su suelo es de arcilla apisonada y parece que estaría cubierto con finas lajas de pizarra, un hecho que nos lleva a pensar que no estaría destinado a ser continuamente pisado. Quizás el elemento que más llama la atención dentro de este ámbito sea la aparición de una gran “bañera”, adosada al muro sur de la habitación y ubicada sobre un pedestal de adobe en forma de “U” (**fig. 22**). Los análisis realizados a esta estructura han permitido determinar que está realizada con cal, concretamente, con la misma cal con la que se revistió la pileta semicircular hallada en el primer ámbito de la estancia y con la que han sido enlucidas las paredes. La función de este gran recipiente de 1,70 metros de longitud nos es por el momento desconocida. Su forma, aunque recuerda a la de un sarcófago, sin embargo, todavía no existen evidencias claras que nos permitan certificar que lo que esconde el túmulo de ‘Casas del Turuñuelo’ sea una tumba.



Fig. 22. Bañera hallada en las excavaciones del túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña).

Como apuntábamos anteriormente, a la estancia se accede por una monumental puerta de 1.70 metros de luz, flanqueada por dos pilares. Frente a la puerta se extiende un pequeño vestíbulo de planta cuadrangular en el que este año se han recuperado varias ánforas R-1 y un telar (**fig. 23**). Este vestíbulo da paso a tres pasillos, si bien solo conocemos el inicio del pasillo que arranca hacia el sur, el punto en el que han sido documentados algunos de los hallazgos más destacados de El Turuñuelo, caso de la parrilla de bronce, el caldero, el jarro o el mango decorado con una piel de toro extendida y dos palomas, todos en proceso de restauración en el SECYR, el laboratorio de la Universidad Autónoma de Madrid. Poco podemos adelantar sobre la funcionalidad de esta estancia y de los mencionados hallazgos, pues todavía queda pendiente la excavación del extremo sur del pasillo.

En cuanto a la funcionalidad de El Turuñuelo, todavía es pronto para emitir un juicio definitivo acerca de su uso. Apenas ha sido excavado un 6% de la extensión de la elevación, la cual alcanza una hectárea de terreno. Sin embar-

go, el hecho de que la habitación principal únicamente cuente con la presencia de platos, la documentación de la piel de toro extendida en el centro de la misma y el carácter votivo que se desprende de los objetos de bronce hallados, nos llevan a pensar en el carácter cultural que tendría este enclave; no obstante, solo el avance de las excavaciones y las investigaciones acerca de este yacimiento nos permitirán desentrañar la finalidad de tendría este monumental enclave.



**Fig. 23.** Fotografía de la puerta y parte del vestíbulo que da acceso a la estancia principal del túmulo de 'Casas del Turuñuelo' (Guareña).

**BIBLIOGRAFÍA**

- AGUAYO, Pedro; CARRILERO, Manuel; FLORES, Carmen y del PINO de la TORRE, María (1986): “El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de Cabañas del Bronce Final y su evolución”, *Arqueología Espacial* 9: 33-58.
- ALMAGRO-GORBEA, Martín (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, Martín (dir.) (2008): *La necrópolis de Medellín*. Vol. I-III. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, Martín (2008): “Medellín – Conisturgis: reinterpretación geográfica del Suroeste de Iberia”, *Boletim da Sociedade de Geografia de Lisboa*, serie 126, nº 1-12: 89-115.
- ALMAGRO-GORBEA, Martín y MARTÍN BRAVO, Ana María (1994): “Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo”, *Complutum Extra* 4: 77-127.
- ALMAGRO-GORBEA, Martín y TORRES, Marino (2009): “La colonización de la costa atlántica de Portugal ¿Fenicios o Tartesios?”, en *Acta Palaeohispanica* X, 113-142.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, Manuel (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Málaga.
- BANDERA de la, María Luisa; CHAVES, Francisca; ORIA, Mercedes; FERRER, Eduardo; GARCÍA VARGAS, Enrique y MANCEBO, Julián (1993): “Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante (Campañas de 1980 y 1981)”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 4: 15-48.
- BERROCAL, Luis Y SILVA, Antonio Carlos (2010): *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007. O Arqueólogo Português* 6.
- BLANCO FREIJEIRO, Antonio (1953): “El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz) y otros vasos de bronce del mediodía español”, *Archivo Español de Arqueología* 26: 235-244.
- BLANCO FREIJEIRO, Antonio (1956): “Orientalia I. Estudio de objetos fenicios y orientalizante en la Península”, *Archivo Español de Arqueología* 29: 3-51.

- BONSOR, Jorge (1899): *Les Colonies agricoles pre-romaines de la vallée du Bétis*. París.
- CABRERA, Paloma (1981): “La cerámica pintada de Huelva”. *Huelva Arqueológica V*: 317-335.
- CARRIAZO, Juan de Mata (1960): “El mensaje de Tartessos”, *Anales de la Universidad Hispalense* 20: 21-55.
- CASADO ARIZA, Manuel (2015): *La cerámica con decoración geométrica del Carambolo. Spal monografías XXI*. Editorial Universidad de Sevilla.
- CELESTINO, Sebastián (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra. Barcelona.
- CELESTINO, Sebastián (2001b): “Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al Orientalismo Arquitectónico”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino (ed.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 17-56.
- CELESTINO, Sebastián (2005): “El período Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior”, en Celestino Pérez, S. & Jiménez, J. (eds.): *El Período Orientalizante, Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV*: 227-235.
- CELESTINO, Sebastián (2008): “Los altares en forma de piel de toro de la Península Ibérica”, en J. J. Justel; J. P. Vita y J. Á. Zamora (coord.), *Las culturas del Próximo Oriente Antiguo y su expansión mediterránea: textos de los Cursos de Postgraduados del CSIC en el Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo 2003-2006*: 321-348.
- CELESTINO, Sebastián (2013): “Una percepción de Tarteso” en J. M. Campos y J. Alvar (eds) *Tarteso. El emporio del metal*. Ed. Almuraza. Córdoba: 359-374.
- CELESTINO, Sebastián (2014): *Tarteso. Viaje a los confines del mundo antiguo*. Trebere. Madrid.
- CELESTINO, Sebastián y JIMÉNEZ, Javier (eds.) (2005): *El Período Orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología XXXV*. Mérida.
- CELESTINO, Sebastián y LÓPEZ-RUIZ, Carolina (2016): *Tarteso and the Phoenicians in Iberia*. Oxford University Press. Oxford.

- CELESTINO, Sebastián y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Esther (2016): “*Il riflesso dell’architettura fenicia all’interno di Tartesso*”, *Santuari mediterranei tra Oriente e Occidente nel I millennio a.C. Interazioni e contatti culturali*. Roma: 321-328.
- CELESTINO, Sebastián y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Esther (e.p.): “El valle medio del Guadiana: la identificación de una nueva realidad territorial para Tarteso”, *Actas del VIII Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici. Dal Mediterraneo all’Atlantico: uomini, merci e idee tra Oriente e Occidente*.
- CELESTINO, Sebastián y SALGADO, José Ángel (2007): “Fenicios e indígenas a través del Tesoro de Aliseda”, en J.J. Justel; B.E. Solans, J. P. Vita y J. Á. Zamora (eds.), *Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización: 587-601*.
- CELESTINO, Sebastián y SALGADO, José Ángel (2011): “Nueva metodología para la distribución espacial de las estelas del Oeste peninsular”, en R. Vilaça (coord.), *Estelas e Estátuas-menires: da Pré á Proto-história: 417-448*.
- ENRÍQUEZ, Juan Javier (1990): Sobre algunos poblados del Bronce Final en la provincia de Badajoz. *Norba* 10: 41-57.
- FERNÁNDEZ FLORES, Álvaro y RODRÍGUEZ AZOGUE, Araceli (2007): *Tartessos desvelado. La colonización Fenicia del Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos*. Almuzara. Córdoba.
- FERRER, Eduardo y de la BANDERA, María Luisa (2007): “Santuarios, aldeas y granjas: el poblamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante”, *Arqueología en Marchena. El poblamiento antiguo y medieval en el valle medio del río Corbones: 44-88*.
- GARCÍA Y BELLIDO, Antonio (1957): “El jarro ritual lusitano de la Colección Calzadilla”, *Archivo Español de Arqueología* 30:121-138.
- GARCÍA Y BELLIDO, Antonio (1960): “Inventario de jarros púnico-tartésicos”, *Archivo Español de Arqueología* 33: 44-63.
- GARCÍA Y BELLIDO, Antonio (1964): “Nuevos jarros de bronce tartessios”, *Archivo Español de Arqueología*, 37: 50-80.
- GENER, José María; NAVARRO, María Ángeles; PAJUELO, Juan Miguel; TORRES, Mariano LÓPEZ, Ester (2014): “Arquitectura y urbanismo de la



*Gadir fenicia: el yacimiento del “Teatro Cómico” de Cádiz*, *Los Fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*: 14-50.

- GÓMEZ PEÑA, Álvaro (2011): “Nuevos datos sobre los altares taurodémicos asirios y escitas y su simbología”, *Lucentum* XXX: 9-24.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca.900-700 a. C.)*. Madrid.
- GONZÁLEZ DE CANALES, F.; SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2008): “The emporium of Huelva and Phoenician chronology: Present and future possibilities”, en C. Sagona (ed.), *Beyond the Homeland: markers in Phoenician Chronology*: 631-655.
- GUERRA, Santiago; COLLADO, Hipólito Pérez, Samuel y Viola, Manuel (2014): “*Metellinum*: síntesis histórica y novedades arqueológicas de esta ciudad romana”, *Studia Lusitana* 8: 195-221.
- JIMÉNEZ, Javier y GUERRA, Santiago (2012): “El Bronce Final en Medellín. Estudio preliminar del Corte SMRO”, en J. Jiménez (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos del Archivo Español de Arqueología* LXII: 65-110.
- JIMÉNEZ, Javier y HABA, Salvadora (1995): “Materiales tartésicos del solar de Portaceli (Medellín, Badajoz)”, *Complutum* 6: 235-244.
- JIMÉNEZ, Javier y ORTEGA, José (2001): “El poblado orientalizador de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz). Noticia preliminar”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*: 227-248.
- LORRIO, Alberto (2008): “Cerámica gris”, en M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. II, Estudio de los hallazgos*: 673-723.
- LUZÓN, José María y RUIZ MATA, Diego (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba.
- MAIA, María (2008): “Reflexões sobre os complexos arquitectónicos de Neves-Corvo, na região central do Baixo Alentejo, em Portugal”, en J. Jiménez (ed.), *Sidereum Ana I. El río Guadiana en época post-orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología* XLVI: 354-364.
- MALUQUER, Juan (1969): “Introducción al problema de Tartessos”, *V Symposium internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos y sus problemas*: 1-6.

- MALUQUER, Juan (1980): “Excavaciones en la Torruca de Cancho Roano, partida de Cigancha, en Zalamea de la Serena (Badajoz)”, *Zephyrus* XXX-XXXI: 259-260.
- MALUQUER, Juan (1981): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*. PIP IV. Barcelona.
- MALUQUER, Juan (1983): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz II, 1981-1982*, PIP V. Barcelona.
- MALUQUER, Juan; CELESTINO, Sebastián; GRACIA, Francisco y MUNILLA, Gloria (1986): *El santuario protohistórico de Zalamea del Serena, Badajoz*. PIP XVI. Barcelona.
- MARZOLI, Dirce (2006): “La investigación sobre los fenicios en la costa de Vélez-Málaga: pasado y presente”, *Mainake* XXVIII: 243-255.
- MÉLIDA, José Ramón (1921): *Tesoro de Aliseda. Noticia y descripción de las joyas que lo componen*. Museo Arqueológico Nacional.
- MÉLIDA, José Ramón (1921b): “Tesoro de Aliseda”, *Revista Coleccionismo*, 105: 165-171.
- MÉLIDA, José Ramón (1921c): “Tesoro de Aliseda. Noticia del tesoro en particular y de la joyería fenicia en general”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* XXIX: 96-124.
- ORTIZ ROMERO, Pablo (2007): *Institucionalización y crisis de la Arqueología en Extremadura. Comisión de Monumentos de Badajoz. Subcomisión de Monumentos de Mérida (1844-1971)*. Mérida.
- PRADOS, Fernando (2010): “La arquitectura sagrada: Un santuario del siglo IX a.C.”, *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura) Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*: 259-276.
- RAMÓN y FERNÁNDEZ OXEA, JOSÉ (1953): “La arracada de Madrigalejo”, *Zephyrus* 4: 369-373.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso (1994): “El Valle Medio del Guadiana, “espacio de frontera” en la Protohistoria del Suroeste (I)”, *Saguntum* 27: 107-124.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso (1995): “El Valle Medio del Guadiana, “espacio de frontera” en la Protohistoria del Suroeste (II)”, *Saguntum* 28: 111-130.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso (ed.) (2004): *El edificio protohistórico de “La Mata” (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*. Servicio de publicaciones de la UEX, Cáceres.

- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, Juan Javier (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso; DUQUE, Duque y PAVÓN, Ignacio (eds.) (2009): *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*. Memorias de Arqueología Extremeña 12.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso; PAVÓN, Ignacio y DUQUE, David (2009): “Contexto territorial e histórico” en A. Rodríguez, D. Duque e I. Pavón (eds.), *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agraria orientalizante en el Guadiana Medio*. Memorias de Arqueología Extremeña 12: 183-322.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso; PAVÓN, Ignacio y DUQUE, David (eds.) (2015): *El tiempo en el Tesoro de la Aliseda. II. Aproximación a su contexto arqueológico*. Universidad de Extremadura.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, Alonso; ORTIZ, Pablo; PAVÓN, Ignacio y DUQUE, David (2014): *El tiempo en el Tesoro de Aliseda. I. Historia e Historiografía del hallazgo*. Universidad de Extremadura.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Esther y CELESTINO, Sebastián (e.p.): “El valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro: una nueva lectura sobre su organización territorial”, en S. Celestino y E. Rodríguez (eds.), *Territorios Comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época Tartésica*. Anejos del Archivo Español de Arqueología.
- SANABRIA MARCOS, Primitivo (2012): “El tesoro de Sagrajas (pueblo Nuevo de Sagrajas, Badajoz): descubrimiento, localización y contextualización en el marco de los depósitos áureos del Bronce Final en el Occidente de la Península Ibérica”, en J. Jiménez (ed.), *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final*. Anejos del Archivo Español de Arqueología LXII: 475-490.
- SEVILLANO, Luis; MAYORAL, Victorino; SALAS, Enrique; LICERAS, Raquel y HERAS, Francisco Javier (2013): “Detectando prácticas agrarias antiguos en el territorio sur de Medellín. La expresión material de las actividades agrícolas protohistóricas del Suroeste peninsular”, en J. Jiménez, M. Bustamante y M. García (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste peninsular*: 1032-1063.

- SUÁREZ DE VENEGAS, José (1986): *Carta Arqueológica y análisis de la evolución de asentamiento de las Vegas Altas. Hoja MTN 778-Don Benito*. Memoria de Licenciatura inédita. Cáceres.
- TORRES, Mariano (2008): “Cerámica pintada tipo Medellín”, en M. Almagro-Gorbea (dir.), *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos: 724-733*.
- VILAÇA, Raquel (coord.) (2011): *Estelas e estátuas-menires da Pré à Proto-história*. Sabugal.
- WALLID SBEINATI, Sabah y PULIDO ROYO, Juanjo (2013): “El poblado fortificado de la Edad del Hierro del Cerro de Tamborrio (Entrerriós, Villanueva de la Serena, Badajoz), en J. Jiménez, M. Bustamante y M. García (eds.), *Actas del VI Encuentro de Arqueología del Suroeste peninsular: 1179-1224*.